

ESPAÑA

ANTE LA

ASAMBLEA CONSTITUYENTE.

OBSERVACIONES POLITICO-SOCIALES

CON MOTIVO DE LA PUBLICACION DEL MANIFIESTO DIRIGIDO POR
EL CONDE DE CANGA ARGÜELLES A LOS ELECTORES
DE LA PROVINCIA DE OVIEDO.

POR

D. JOSÉ CANGA ARGÜELLES.



MADRID.

IMPRESA DE **T. FORTANET**, GREDA, NUM. 7.

1854.

D. 547211

ESPAÑA

ASAMBLA CONSTITUYENTE

CONSERVACIONES POLITICO-SOCIALES

CON NOTICIA DE LA LEYENDA DEL MANTENIMIENTO DE LA LEY
EN CUANTO AL MANTENIMIENTO DE LA LEY
EN EL MANTENIMIENTO DE LA LEY

DE JORGE ORTEGA ANGULO

MADRID

IMPRESA DE S. TORRES Y CAÑA, GRAN VÍA, 11

1884

— 6 —

Se ruega a los señores socios de cuenta al Bibliotecario de cualquier falta o deterioro que adviertan en las obras para proceder a su **renovacion urgente**

I.

EL asunto que pone hoy la pluma en mis manos, no sé qué raro privilegio tiene que hiela el fuego de mi corazon y estingue la luz de mis ideas. Mil veces he llevado mi vista á la *Hoja* mal llamada por sus autores: «Respuesta al manifiesto dado por el Conde de Canga Argüelles á los Electores de la provincia de Oviedo,» y otras mil, una fuerza secreta pero poderosa me ha hecho apartarla de lo que ni mis ojos podian ver, ni mi razon explicar.

Es que mi vida corriendo aun por los años en que el alma goza con quiméricas ilusiones, se opone tenazmente á aprovechar lo que la sabiduría humana llama lecciones sábias de la experiencia.

Vibrando por los espacios el eco del último sacudimiento revolucionario, sintiendo por todas partes los himnos fervientes que el patriotismo cantó á la UNION, levantado apenas el pedestal sobre cuya piedra colocaron los vencedores para simbolizar la nueva era de *fraternidad y concordia*, con las manos entrelazadas, al vencedor de Luchana y al vencedor de Lucena, al Regente de 1840 y al proscrito de 1841; ¿quién pensára podría ver la luz el documento que suscribió con sus firmas la Milicia Nacional de Gijon, sin dejar venir al tiempo, sin aguardar siquiera á que el incesante cambio de los sucesos apartára de la memoria lo que en el mes de Julio el fuego de las barricadas difundiera con entusiasmo por todos los ámbitos de nuestra monarquía?

Por ese motivo, ante contradicción tan extraña, no acertó á discurrir mi pobre inteligencia, y hube de resignarme á ver pasar uno tras otro los dias, apurando en silencio toda la amargura de aquellos denuestos con que se intentó mancillar la

honra de quien siempre miró en ella el mas alto timbre con que pudiera envanecerse su familia.

Existia otra razon poderosa, contra la cual tambien se estrellaba el deseo de no dejar sin respuesta los torpes insultos lanzados sin piedad contra mi padre.

Era forzoso, para hacer su defensa, estampar una acusacion; y lo confieso francamente, mi pluma no quiso acusar.

Que seis ú ocho individuos representantes de la Milicia acusáran al Conde de Canga Argüelles *de haberse enriquecido con el sudor de los pueblos, de haber abusado de los poderes de la diputacion, que en mal hora le concediera la fatalidad*, cosa es que si el buen sentido no comprende ni explica, puede tal vez hallar la excusa que la ley admite, para no imputar como punibles aquellos actos que ejecuta aun en daño de los demas, quien tiene trastornado su cerebro por la demencia; pero lo que ni se comprende, ni se explica, ni se excusa, es que haya corrido en el pueblo de Gijon ese libelo sin que se levantase una sola voz que separase de la contienda la persona de la idea; lo que pudo caber en los límites de una honrosa polémica de aquello que la mas exacerbada discusion debia dejar incólume.

Hay en todos los idiomas palabras propias para dar á conocer la larga série de delitos que puede en sus extravíos cometer el hombre.

Las pasiones con que lucha su frágil naturaleza, le impulsan á menudo al vicio, si es que no bastan para apartarle de la senda del mal los galardones prometidos á aquellos que marchan por la senda del bien.

Por eso, el mundo y la historia nos ofrecen en confusa mezcla, para enseñanza nuestra, ejemplos gloriosos debidos á la virtud, ejemplos horribles debidos al crimen.

Pero siendo libre el hombre, siempre existe una causa determinante; siempre existe un fin que explica y aclara sus acciones.

Concretándome al objeto que ha motivado esta ligera exposicion de ideas fundamentales, diré: Que el hombre roba, incendia y asesina por satisfacer su codicia inmoderada, por saciar sus placeres livianos, por cumplir sus venganzas y sus odios personales, y los vocabularios de todas las naciones cultas, tienen nombres para llamar ladron al que roba, incendiario al que incendia, homicida al que mata; y hay prisiones y cadalsos para alcanzar con el castigo la expiacion de tan graves faltas.

Pero lo que yo no he encontrado en parte ninguna, es la palabra adecuada y precisa que necesitaba, si habia de responder cumplidamente á la *Respuesta* que dió la Milicia Nacional al Conde de Canga Argüelles.

Quien puso nombre á los delitos y señaló sus penas, no ha podido hallar, tanta dificultad ofrece, nombre y pena para la *ingratitude*.

Acto que carece de objeto; porque no le tiene el hombre para ser ingrato, para pagar con odio el amor, para hacer mal á quien le hizo bien; está excluido de todos los códigos escritos reconociendo sin duda, que no el poder humano, sino el poder de Dios es el único capaz de castigar la *ingratitude*.

Y yo no podia defender á mi padre sin llamar ingrato al pueblo de Gijon.

El cargo de *abuso* de la investidura con que repetidamente ese mismo pueblo le honrara, nombrándole su diputado, no podia destruirse sin sacar á plaza hechos consignados el 30 de enero de 1853 y los cuales dicen que en todo, absolutamente en todo cuanto ha contribuido al desarrollo de la prosperidad material de Gijon, desde el año de 1834 hasta el dia, en todo se ha mezclado

siempre de una manera activa y eficaz la influencia del Conde de Canga Argüelles; de esa persona á quien hoy se dirigen los epítetos mas injuriosos y las calumnias mas torpes con el vano intento de escarnecer su conducta y despedazar su honra.

Tuve, pues, que renunciar á un trabajo que si mi deber de hijo me aconsejaba acometer, las consideraciones que dejo expuestas se oponian á que lo realizara.

Luchó mi espíritu, es verdad, porque el silencio se ofrecia á mi alma como un sacrificio penoso; pero luego que mi razon pudo juzgar friamente, comprendí que nada habria escrito mi pluma, por mas que la inspirára el noble fuego del agravio, que pudiera igualarse á la elocuencia que en ocasiones como esta tiene para el buen sentido, el silencio.

Sepan por lo tanto los autores de la *Respuesta*, y así me complazco en declararlo solemnemente, que para combatir sus insultos y sus impropiedades, no tiene mi lengua una sola palabra, no tiene mi pluma una sola letra.

Todos los recojo y sin disminuir ni templar siquiera nada de lo que hay en ellos de injusto á la vez que de acre y violento; yo mismo los entrego

para que su conciencia y la conciencia recta de las gentes apreciándolos en lo que valen, les den por mí la respuesta que merecen.

Pero si huyo de una pelémica que siendo exclusivamente personal á nadie habia de reportar provecho, acojo con gusto esta ocasion que se me ofrece de manifestar á mi pais lo que pienso acerca de su estado actual y de su futuro destino.

Lo que no habria podido decir defendiendo la persona del Conde de Canga Argüelles, sí, lo diré defendiendo las ideas de su manifiesto.

II.

La escuela social está hoy en dolorosa y tris-
tísima pugna con la escuela católica. Puede asegu-
rarse que nunca se han hallado tan á la vista de
las gentes las negaciones de la primera y las afir-
maciones de la segunda.

Por no sé qué misterio tan impenetrable que
es del exclusivo dominio de Dios en su omnipoten-
cia, la discusion política lo invade y confunde
todo, ofreciendo una prueba insigne de aquella
verdad que con grande acierto expuso uno de los
entendimientos mas claros que han lucido en nues-
tra España.

¿Qué misterio es este? decia. ¿Cómo puede
concebirse en materia de razon que no hay ningun-
o que la tenga sin que la humille, y ninguno que
la pierda sin que la levante?

Asi se observa que la mayor parte de los que

contienen en materias políticas presentan á la crítica del que estudia una muy notable y señalada anomalía.

Siempre preceden por regla general á sus argumentaciones, ciertas salvedades que ponen á resguardo, y que muestran á sus contrarios tan solo para esforzar sus argumentos.

Todos los dias se leen estas palabras:

Somos católicos; pero queremos la libertad de cultos.

Somos católicos; pero no es soportable que desde la cátedra del Espíritu-Santo se consienta á los sacerdotes entrometerse en asuntos de la jurisdicción civil.

¡Y no comprenden los insensatos, que predicando el Evangelio, que es el compendio y resumen donde la sabiduría infinita resumió y compendió la verdad eterna, tiene que recaer precisamente su palabra sobre lo que ellos por un derecho singular pretenden sustraer de su imperio!

Esta, que es una de las innumerables contradicciones que hoy vemos, demuestra como hemos dicho, que nunca se halla el hombre mas próximo á la locura que cuando se cree tocando los confi-

nes donde funciona con toda magestad la razón humana en la plenitud de su omnipotencia.

Por ese motivo, ahora más que nunca, conviene traer á la memoria el grandioso drama que se realizó en el primer paso que anduvieron los tiempos.

El drama paradisaico explica y aclara todas las evoluciones que vienen sucediéndose desde el principio de los siglos hasta hoy en la gran historia del género humano.

III.

Habia Dios hecho el cielo con sus esplendorosas luminarias, la tierra con su verdura y frondosidades: habia puesto límite á las aguas para que muriesen allí sus inquietas ondas deponiendo su bravura, apagando sus estruendos y rumores; habia por fin hecho al hombre á su imágen y semejanza y lo habia colocado en el lugar de mayores delicias que quiso en su omnipotencia concebir y pensar la mente divina.

Pero bien pronto aquel rey del universo, cuyo poder era extremado y cuyo dominio era absoluto puesto que el mismo Dios le entregára el señorío sobre las cosas criadas, hubo de verse llamado por el espíritu de las tinieblas á peligrosa y expuestísima disputa.

Disputó el hombre, por su desgracia, y habiéndoselas con formidable y diestro adversario, no

supo resistir á la engañosa y fascinadora dialéctica que empleó astutamente para perderlo.

Dijo Luzbel: «Tú, que eres dueño y señor de la tierra, tú, que tienes una razon soberana, debes romper la débil valla que Dios puso entre tu ser y su Ser. Come del árbol vedado y se verán abiertos tus ojos, y serás como Dios, y como él sabrás la ciencia del bien y del mal.»

El hombre se dió por vencido y siguió á Satanás. Pocos momentos despues en vez de una razon cuya complacencia consistia en adorar y admirar á Dios, tuvo una razon que le puso de relieve su inocencia perdida, que coloró su rostro con la vergüenza y que le hizo verter la primera lágrima que lloraron sus ojos, triste augurio de las penalidades y sufrimientos que le esperaban al dejar para siempre aquella mansion de indefinible encanto y de supremo deleite, donde no tenia albergue el dolor.

El orgullo habia inspirado la primera y la mayor de las culpas; el orgullo ocasionó el primero y mayor de los castigos.

IV.

Compuesto el hombre de elementos diversos, con instintos encontrados que le agitan y conmueven, dominado unas veces por sus pasiones, hasta perder la idea del bien, moderado y prudente otras hasta llegar á la virtud, lleva siempre consigo este conjunto de facultades heterogéneas y antitéticas que producen fenómenos extraños y de difícil apreciación.

Por eso los anales del mundo nos enseñan la lucha constante en que viene empeñado el hombre desde que arrojado del paraíso por la justicia divina fué condenado á trabajar para vivir con el sudor de su frente.

Guerras contínuas, luchas encarnizadas, batallas sangrientas consigo mismo y con su prójimo, hé aquí en brevísimas palabras la historia del hombre caído, durante los siglos trascurridos desde su creación.

Ha peleado y pelea por establecer sus relaciones con Dios; ha peleado y pelea por fijar sus relaciones con los demás hombres, ha peleado y pelea por descubrir las relaciones que tienen los diferentes elementos de su propia organización. Y de aquí esa nomenclatura de guerras filosóficas, de guerras políticas y de guerras religiosas.

Como que parece que hay un insondable destino que impone la guerra cual si fuese el único resorte para el desarrollo del hombre y la sociedad en la duración del tiempo.

Y sin embargo al través de tan continuos sacudimientos y tan pavorosos trastornos se descubre siempre el mismo fenómeno; se destaca siempre un hecho único y fundamental; el hombre aspirando á la verdad, el hombre buscando la verdad para hacerla servir en provecho de su ventura.

Hay en la larga extensión de los tiempos que han transcurrido un hecho que por su incomensurable magnitud los divide y separa tan ostensiblemente como divide y separa en la tierra á un pueblo de otro pueblo la cadena de encumbradas montañas que puso en sus límites la naturaleza.

Todas las grandezas y todas las ingraticudes del pueblo escogido pertenecían ya á la historia.

Habíanse desplomado aquellos grandes imperios donde ostentáran su poder los primeros conquistadores de la tierra, unos en pos de otros fueron declinando su omnipotencia y cediendo á otros pueblos formados con sus discordias la resplandiente aureola de la dominacion y de la gloria.

La Grecia, con sus monarquías y sus repúblicas, con sus dioses y sus sabios, con sus artes y monumentos, habia pasado tambien y todo se hallaba resumido á la sazón, el brillo de las letras, el esplendor de las armas, el saber de los sabios, los placeres de la conquista, el orgullo del poder, en la ciudad eterna donde iba á verificarse el mayor entre todos los sucesos, que habia de producir el espanto de las generaciones que lo presenciáran; el asombro de las generaciones venideras.

Roma lo era todo, pueblo vigoroso y potente bajo el dominio de sus reyes, batallador y altanero, y tambien vigoroso y potente, en los días que vivió bajo la República, habia hecho tributarias suyas á todas las naciones; habia impuesto el cetro de sus Césares á todas las partes del mundo conocido.

Pero ved aqui que se ha verificado ya el prodigio mayor entre los prodigios, la maravilla mas grande entre las maravillas, el milagro mas es-

tupendo entre los milagros; porque acababa de nacer en humilde establo aquel que sin otras armas que su palabra, sin otros ejércitos que doce ignorantes y pobrísimos pescadores, va á consumir desde el sitio donde le llevaron los hombres para esponerle al ludibrio de las gentes, clavado en afrentoso madero, la primera y mas colossal de todas las revoluciones que presenciaron y presenciaron hasta la consumacion de los siglos los cielos y la tierra.

Todo estaba consumado, poco tiempo despues la historia hacia suyas como un hecho pasado, la civilizacion y cultura de las sociedades paganas. Vinieron sobre Roma como torrente asolador pueblos feroces y bárbaros, bajo cuya planta destructora cayeron hechos pedazos todos los trofeos de su inmenso poder y de su inmarcesible gloria.

Nada hubo capaz de resistir en su camino al feroz Atila, que impulsado por una fuerza misteriosa y secreta, conducia sus huestes bárbaras á sepultar en el polvo la ciudad invicta del Capitolio y los anfiteatros, de los Césares y los Dioses.

Todo se hundió en aquella sangrienta y pavorosa catástrofe y, en muy breve plazo, á los lú-

bricos gritos del placer y los festines sustituyeron los alaridos lastimeros de la desolacion y la ruina.

Las águilas imperiales solo tuvieron vida para anunciarla , y decir al mundo para su enseñanza que por aquellas mansiones habia pasado la justicia de Dios.

Ahora bien , y haciendo una breve pausa á fin de contemplar este grande acontecimiento que divide al mundo antiguo del mundo nuevo , puestos en él nuestros ojos con esmerada fijeza , llevando para juzgarle nuestro criterio , ¿qué es , preguntamos , lo que los ojos ven y el criterio juzga mirando delante de sí el elocuentísimo drama que empezado en un portal de Belen terminó diez y nueve siglos hace en las cumbres del Calvario?

Los sustentadores de la omnipotencia de la razon humana , ¿no perciben en él todos los caracteres que revelan la elocuentísima leccion que quiso dar al mundo el que vino al mundo para volver al hombre á la gracia perdida por la culpa que cometieron nuestros primeros padres?

Vosotros los que asentais , como dogma incontrovertible para deificar la razon , la perfectibilidad indefinida á que debe aspirar el hombre , paradmientes , yo os lo ruego , en la sencilla pregunta

que voy á dirigiros á fin de poner la confusion en vuestros entendimientos, haciendo manifiesta la dificultad invencible que habreis de encontrar para responderme.

Despues del larguísimo espacio de veinte siglos transcurridos, durante los cuales nacieron y murieron los imperios mas potentes y magestuosos y las repúblicas mas famosas y esclarecidas, y las ciudades de mayor riqueza y nombradía, cuando las artes llevadas á su mayor grado de esplendor habian esparcido ya por todas partes muestras sublimes de adelantamiento y progreso, llenando á Grecia y Roma de magníficos monumentos, cuando habian florecido ya y conquistado fama eterna entre los hombres, Homero y Píndaro en la poesía, Demóstenes y Ciceron en la elocuencia, Herodoto y Tito Livio en la historia, Platon y Aristóteles en la filosofía; cuando, por decirlo de una vez, en letras y artes, en ciencia y saber se creia haber llegado al fin de la medida: ¿qué fué, os preguntamos, lo que alcanzó á producir la suprema inteligencia de todos aquellos monarcas y celebrados artistas, poetas, historiadores y filósofos?

Volved otra vez la vista á esa Roma de donde hace poco hemos salido, y porque en ella se recon-

centra y resume la grande síntesis de todo lo que produjo la sociedad pagana; en ella hallareis, yo lo aseguro, la contestacion que os pido ahora y que temo habeis de negaros á darme.

¿Cuál era, decidme el estado de ese gran pueblo en el momento en que Dios cumplia su divina promesa? ¿Cuál era el estado de todos los pueblos uncidos á su carro de glorias y conquistas?

Pasad siquiera sea brevísima revista á todas las clases de la sociedad, y en todas vereis los horribles síntomas de la corrupcion y el degradamiento.

Observad aquellos emperadores que no reconocen límite á sus vicios, y entre los que se destaca por su espantosa monstruosidad aquel de quien se cuenta que para procurarse una nueva emocion mandó incendiar la ciudad, contemplando gozoso desde su palacio los resplandores del fuego que iba reduciendo todo á escombros y cenizas

Llevad despues vuestra mirada á aquellas falanges de gentes esclavas, y vereis como entretienen el ócio de un pueblo que se agolpa en las gradas del anfiteatro para aplaudir desde allí á los feroces animales con quienes traban los gladiadores desigual y espantable batalla.

No dejéis de penetrar en lo mas recóndito del hogar doméstico. Cuando hayais podido atravesar aquellos patios llenos de gente que sirve en la esclavitud á sus amos, encontrareis y sabreis lo que era la sociedad mas santa entre los patricios romanos. Vereis á la muger sin dignidad, pendiente siempre sobre ella el terrible derecho del repudio, concedido por la ley á su marido; vereis al hijo siendo propiedad de su padre, y con derecho de venderlo y matarlo segun le inspirára su voluntad, obedeciendo á un vano capricho ó á un antojo pasagero.

Y si desde aquí subís otra vez en vuestras indagaciones y quereis conocer lo que era la religion en ese pueblo tan degradado, podreis conseguirlo muy fácilmente sabiendo que no hubo un ídolo infame, ni un culto absurdo á quien no concediese asilo en sus lares la que se llamaba reina y señora del mundo.— ¡¡Ochenta colegios de sacerdotes y sacerdotisas y 30000 dioses llegó á contar dentro de su recinto!!

Hay por lo tanto sobrado fundamento para decir sin miedo de equivocarse que al lucir en el firmamento el último dia que vivieron los pueblos cuya historia pertenece al mundo antiguo, y

cuando debia brillar en los radiantes horizontes de la ciencia mas pura y esplendente la verdad conquistada por la sabiduría humana, si es que hemos de aceptar como inconcuso el axioma de *la perfectibilidad*, á la manera que lo entienden y explican los modernos filósofos, el mundo léjos de hallarse irradiado con la penetrante luz del saber, se encontraba, así lo asegura la historia, envuelto y confundido por las mas oscuras y pavorosas tinieblas.

Bossuet cuenta que era tal el dominio del error que la verdad no osaba presentarse en la tierra.

Y nada hay aqui de extraño, si bien se considera, porque el hombre, á medida que marchó perfeccionándose con el sucesivo desarrollo de los siglos, fué apartándose de la verdad revelada hasta tal punto que llegó como hemos visto á perder las nociones mas simples de sus calidades y naturaleza.

Ninguna ocasion por lo mismo mas oportuna ni mejor escojida que aquella que escojó en su sabiduría incomparable el hijo de Dios para venir á la tierra á conversar con el hombre. Llegada la hora suprema de los grandes cataclismos en que

todo iba á ser asombrado y oscurecido, necesario era que recibiese otra prueba mas el mundo del infinito amor y de la infinita misericordia con que siempre le mirara su criador.

Y esta vez, para que la verdad no volviera á correr en las contiendas futuras peligros de muerte, la llevó en sagrado depósito al santuario indestructible, puesto por él á tanta altura, que al mismo tiempo que no pudieran dejar de verlo todos los que quisieran mirarle, no alcanzasen jamás á destruirlo las embravecidas y pujantes olas del error y la ignorancia.

Tu es Petrus, dijo Jesus, et super hanc petram œdificabo Ecclesiam meam, et portæ inferi non prævalerunt adversus eam.» Y quedó fundada desde entonces para vivir tanto como puedan vivir los siglos la institucion mas grandiosa y gigantesca, por medio de la cual la palabra divina, única entre todas las palabras, verdadera é infalible, está resonando perpétuamente en los oidos del mundo.

Por ese motivo, si bien se medita, se ve con cuanta razon dijo Pascal que la historia de la Iglesia era *la historia de la verdad*.

Sigamos ahora trazando las nuevas fases con que van á ofrecerse á nuestro exámen los anales

del hombre y delinemos siquiera sea á grandes trazos el espacio que existe y por el cual habremos de pasar necesariamente para venir á lo que toca ya á la pertenencia y jurisdiccion de los tiempos modernos.

De este modo nos encontraremos á la vista de otro hecho de grandes proporciones históricas, y cuya recta apreciacion juzgo ha de servir eficazísimamente para robustecer y vigorizar el principio fundamental que yo quiero establecer, á fin de sacar luego sin costosos esfuerzos las deducciones inflexibles á que tiende muy principalmente este trabajo.

V.

Estamos en el período á quien la historia conoce con el nombre de edad media.

De la irrupcion bárbara que hizo añicos todo cuanto existia en el mundo antiguo , nacen los nuevos estados, origen y fundamento de los que hoy cuenta el orbe diseminados por una y otra parte de sus conocidas regiones.

Nuevas y encarnizadas luchas, nuevos y tremendos sacudimientos, nuevas y radicales mudanzas son el asunto constante de este espacio que comprende la duracion de diez siglos y que concluye con la toma de Constantinopla por Mahomet II.

Suele dividirse para mayor inteligencia en seis épocas notables.

En la primera que alcanza siglo y medio vemos elevarse la mayor parte de las monarquías modernas, y á Europa tomando una forma determi-

nada. Clodoveo, fundador de la monarquía francesa, es por sus calidades de esforzado guerrero y entendido político la figura que personifica esta época.

Presenta la segunda en el intervalo de cerca de dos siglos, un ruidoso suceso al cual no dieron las gentes de entonces el valor que hoy merece en las apreciaciones de la historia. Los Arabes, pueblo casi salvaje y á quien libró de las garras de Roma la inmensidad y aridez de sus abrasadores desiertos, levantándose á la voz de un hombre de singular genio y extraordinaria destreza, subyuga en pocos años las costas del Africa, la mitad del Asia y una parte de la Europa, y ante la fama de sus conquistas se conmueven los dos tronos mas poderosos, sobre los cuales tenian asiento el emperador de Oriente y el señor de la Persia.

Esta es la época tambien en que la doctrina predicada por Cristo y en cuya defensa habia corrido ya á torrentes la sangre preciosa de innumerables mártires, traba singular y terrible batalla con otra doctrina que aspira á imponer su yugo, no con la palabra y la persuasion, sino con el filo de la cimitarra que esgrimen ciegos de fanático entusiasmo los ardientes hijos del profeta. El mundo

contempla absorto los variados incidentes y episodios crueles de la lucha. Los moros y los árabes tienden su mirada codiciosa al estrecho mar que los separa de la península Ibérica, y sobre ella se precipitan para otorgar á nuestro suelo el singular privilegio de ser el teatro escogido donde se realizára la magnífica epopeya que tan gloriosamente terminaron nuestros católicos reyes Isabel y Fernando al cabo de 800 años en la ínclita ciudad de Granada.

Llena todos los espacios de la época tercera Carlomagno que crea un vasto imperio sobre el cual ejerce autoridad absoluta y desde donde impone su influencia al continente entero.

Pertenece á la cuarta la desmembración.

En Francia se prepara la caída de la raza carlovingiana, y se abre el camino por donde había de venir Hugo-Capeto á restaurar la monarquía. Hay disturbios en Italia, y los Alemanes gobernados por el emperador Othon se aprestan á ejercer sobre el Occidente su influencia.

A los tres siglos que abraza la quinta época corresponde un acontecimiento de inmensa magnitud; porque era llegada la hora de que á la inspirada voz de un pobre ermitaño, que tuvo por nom-

bre Pedro, se levantase en armas el Occidente para ir á medirlas en sangrienta pelea con aquellas que en el Oriente acababan de conquistar á Jerusalem, ofreciendo al mundo católico el espectáculo dolorosísimo de ver el santo sepulcro bajo el dominio musulman. Nadie ignora la influencia que las cruzadas ejercieron en bien de la civilizacion.

Viene en seguida la última época de este periodo histórico: los siglos décimocuarto y décimoquinto son ya del dominio de la última de las seis, en que hemos dividido la edad media.

Siglos de recomposicion, durante su trascurso, Europa da un gran paso hácia la unidad política robusteciendo el principio monárquico subyugado hasta entonces por el elemento feudal, con quien estuviera por largo espacio en abierta y constante lucha. La corona de Francia adquiere mayor cohesion; adhiérense para fortalecerla elementos que habian estado separados. El matrimonio de Fernando é Isabel, contribuye á que se reunan en España las dos coronas de Castilla y Aragon.

Enrique VIII asienta las bases de la centralizacion política de Inglaterra. Nápoles, Roma, Milan influyen con su prepotencia sobre todos los otros estados en que se halla dividida la Italia.

Vemos por lo tanto que los pueblos alcanzan despues de penosísimos esfuerzos su organizacion política. Para llegar hasta aqui, ¡cuánta sangre vertida! ¡Cuánta dificultad en armonizar los distintos elementos que deben contribuir al desarrollo de la civilizacion humana! ¡Cuántas sacudidas para obtener el equilibrio de las fuerzas que combaten y pugnan entre sí! A veces: tan negros se presentan los horizontes, que parece inevitable el caos; otras, tanta es su claridad, que todo se ofrece pacífico y bonancible, á semejanza del Océano en dias serenos.

Y marchando así en esta constante alternativa, van pasando los tiempos y con ellos el hombre, las naciones y los imperios, hasta llegar al fin que señaló al mundo en su destino la Providencia. ¡Dichosos mil veces aquellos, cuya razon mirando siempre á la razon divina, pudieron sacar á salvo la fé de sus creencias, sobreponiéndose al violento embate de sus propias pasiones y de las inquietas revueltas del mundo!

Pero no anticipemos consideraciones que no son de este lugar.

VI.

Ha llegado el momento decisivo de una nueva y funestísima rebelion.

El hombre, al contemplar el poder de su genio, siéntese nuevamente acometido por el orgullo, y aspira otra vez á proclamar su soberanía intelectual.

Colon, lanzándose atrevido por ignorado y proceloso mar, descubre un nuevo continente. Llega Vasco de Gama al cabo de Buena Esperanza. Magallanes da por primera vez la vuelta al rededor de la tierra. Las artes tienen portentoso desarrollo. Rafael, Miguel Angel y Bramante contribuyen á enriquecer con sus talentos la que es hoy por su grandeza y suntuosidad maravilla del orbe cristiano, la Basílica de San Pedro. Y para decirlo todo de una vez y con una sola palabra, Guttemberg, habia inventado la imprenta.

Existian, pues, sobradas causas para producir la perturbacion en los espíritus.

Si el hombre habia avanzado tanto por la senda de las invenciones y los descubrimientos, si teniendo en poco las conquistas de la tierra, habia llegado á ser dueño y señor de los mares, marchando seguro sobre sus aguas, mirando sin temor sus pavorosos rumores y sus negras tempestades, ¿qué mucho que su flaqueza no supiera resistir á la sátnica tentacion de renovar la escena paradisaica?

No hubo remedio; el hombre desvanecido y conturbado apartó su vista de Dios, y juzgando en su insensatez que para nada necesitaba ya de sus divinos auxilios, hizo que resonara por todos los ámbitos de la tierra el grito rebelde que puso fuera de sí, tal fué su alegría, al espíritu del mal cuya complacencia no tiene límites cuando contempla al vicio dominando la virtud.

«*Romped el yugo de la autoridad y sereis como Dioses.*» Tal fué, en resúmen, la palabra fatídica que salió de los labios profanos del apóstata alemán, y con cuyo fuego se puso en conflagracion á la Europa.

La razon individual libre de toda traba, sin cadenas que la esclavicen, sin lazos que la su-

jeten, guiada tan solo por sus propias inspiraciones para investigar y conocer la verdad; he aquí lo que proclamaron á la faz del universo, aquellos que protestaron contra el decreto de la dieta de Spira, hé aquí lo que piden los protestantes, hé aquí el Protestantismo.

Los nombres de sus célebres y famosos fundadores son Lutero, Zuwinglio, Calvino y Enrique VIII, de Inglaterra.

Ellos eran los maestros y apóstoles de esa nueva doctrina que se revuelve frenética contra la hija de Dios, contra la Iglesia católica; llevad vuestros ojos á la historia de su vida, y sin duda reconocereis los rasgos característicos que anuncian la grandeza y la virtud de que estaban poseidos.

Lutero es el fraile agustino profanador de Catalina Bore. Calvino lleva en sus espaldas marcado con el hierro candente la prueba irrecusable de sus corrompidas costumbres. Zuwinglio abraza el matrimonio como argumento supremo contra el celibato. Enrique VIII es el rey disoluto y liviano; es el que condenó á destierro perpétuo al gran canciller Mhorus que se opuso al divorcio de su legítima muger la virtuosa Catalina de Aragon; es el asesino de Ana Bolena y de Catalina de Howard.

Tales fueron los actos de los ardientes reformadores, de los que iban á corregir la disciplina de la Iglesia, de los que pensaban poner fin á los abusos introducidos por los desórdenes del vicio y de la licencia.

Y sin embargo, su doctrina se ha extendido: las indignas calidades de los maestros no han estorbado que acreciera en su principio el número de sus partidarios. Si el mismo Satanás en persona, con todas sus deformidades, obtuvo victoria sobre el hombre cuando aun resonaba en sus oídos el eco de la palabra de Dios ¿qué mucho que la consiguieran mas fácilmente los reformadores del siglo décimosexto hablando como ellos hablaron á las pasiones inspirados por el orgullo?

«Arrojemos al suelo ese vetusto andamio, levantado por la ortodoxia antigua, por las escuelas de teología, por la autoridad de los santos padres, de los concilios, de los Papas y que tiene el consentimiento y la sancion de los siglos: admitamos las escrituras sagradas, pero segun las entiendan y explique nuestra razon, única regla segura para interpretarlas con acierto.» Esto dijo Lutero, y como estuvieran dispuestos los corazones

soberbios á aplaudir lo que lisonjeaba su vanidad, aceptaron sin mas exámen una máxima que ofrecia al hombre los atributos con que habia de proclamar el reinado de su inteligencia.

Y ved aqui por qué segun el lenguaje moderno la emancipacion intelectual y moral se cuenta desde la reforma luterana. Desde el instante en que se apartaron de la Iglesia, sacudiendo su ominosa autoridad, asi lo refieren los sabios filósofos de nuestros dias, alcanzaron los pueblos su regeneracion.

Con ella habian sido esclavos, sin ella iban á ser libres.

Loor eterno deberia, por lo tanto, tributarse á nuestros libertadores. Loor eterno sí, si pudiéramos arrancar á la historia las páginas de los tres siglos que van trascurridos, si pudiéramos lograr olvido eterno para lo que con tenaz insistencia se presenta á nuestra memoria. Detengámonos sinó á discurrir algunos instantes, ofreciendo al buen sentido las brevísimas observaciones que se nos ocurren y con las cuales podrá apreciarse la *reforma* en todo su valor.

Tenemos ya á la razon reina y señora de sí misma en los primeros años de su dominio y reinado. El campo escogido para sus investigaciones

es campo de grande extension, porque sus límites se pierden en el infinito. Es aquel en que anduvieron investigando tambien, los sabios que produjo, durante 20 siglos la antigüedad y del cual no supieron salir hasta que brilló la luz que esparció sus resplandores por todos los ámbitos de la tierra.

Saber el origen y el destino del hombre; conocer la causa y el fin de sus acciones; penetrar en los mas hondos misterios de su naturaleza; llegar, en una palabra, á Dios sin el auxilio poderoso de Dios; este fué el objeto y asunto que entregó el protestantismo al análisis individual del entendimiento humano.

Rechazando el criterio de los criterios, el criterio de la Iglesia, que habia puesto fuera de disputa aquellas verdades fundamentales, el dogma protestante trajo para sustituir á la fé la duda; á la paz, fruto espontáneo de la creencia, el desasosiego, consecuencia forzosa de la incertidumbre.

La Iglesia habia dado al mundo católico el supremo bien de la unidad religiosa.

El protestantismo esgrimió sus armas de muerte para hacer que desapareciera del mundo católico aquella unidad tan provechosa.

Preguntad al mundo católico cuál era su símbolo antes de la *reforma*, y vereis como al responderos se os presenta el espectáculo de grandeza y magnitud sin ejemplo que solo es dado producir á la omnipotencia divina, de que los pueblos todos sujetos á su influencia, lo mismo los que viven bajo los climas ardorosos del medio dia que los que viven en las heladas zonas del norte, lo mismo los que se estienden por Occidente que los que caen de la parte allá del Oriente, todos sin ninguna diferencia tienen un mismo símbolo, todos creen y confiesan lo que confiesa y cree la Iglesia; el sabio como el ignorante, el rico como el pobre, el anciano como el niño; todos adoran á un solo Dios hechó hombre para salvar al hombre, todos le dirigen en los tiempos prósperos cuando es la ventura quien les sonrie, en los tiempos aciagos, cuando es el infortunio quien les aflije, unas mismas oraciones, una misma plegaria; porque todos han aprendido á conocerle y amarle, á adorarle y temerle en un mismo libro, en el libro por excelencia, y á cuya sabiduría no llega ni llegará jamás ningun otro libro: en el catecismo cristiano.

Dirigíos ahora al mundo protestante y preguntad cuál es su símbolo religioso; preguntad qué

es lo que cree al mundo reformado, al que hicieron libre Lutero y Zwinglio, Calvino y Enrique VIII emancipando su inteligencia, confiriéndole el don inapreciable de su soberanía intelectual.

No soy yo ciertamente quien va á responder por él, es de él mismo de quien vamos á escuchar la respuesta.

Su principio fundamental es entregar la Biblia para que el hombre sin otro faro que el de su razón camine por ese Océano sin límites, donde está contenida la esencia de todas las cosas que fueron, han sido y serán, desde el primer día de los tiempos hasta el instante que ha de separarlos y dividirlos de la eternidad; para que busque en ella la religión á que ha de rendir y tributar su culto.

«El protestantismo dice pues, á los pueblos presentándoles la Biblia: Este libro contiene la verdad, toda la verdad; ¿pero qué es la verdad? ¿qué es el cristianismo? lo ignoro, buscadlo en la Biblia. Buscad, cualquiera que seais, hombres, mujeres, niños, sabios é ignorantes. Hablad ahora: ¿encontrais en la Biblia el misterio de la Trinidad? ¿creeis en él? pues sois cristiano. ¿No creeis en él? sois cristiano. ¿Creeis en la divinidad de Jesu-

cristo? sois cristiano; ¿no creéis en ella? sois cristiano. ¿Creéis en las penas eternas? sois cristiano; ¿no las creéis? sois cristiano. Cualesquiera que sean vuestras opiniones, en cuanto pretendéis hallarlas en la Biblia, es bastante, sois cristiano. Sin embargo, lo que vosotros creéis otros lo niegan, lo que vosotros negáis otros lo creen. ¿Quién tiene razón? No hay para qué preguntarlo, no os inquiete la incertidumbre, y estad persuadidos de que es posible ser buen cristiano sin saber lo que es necesario creer para serlo» (1).

Esta es la respuesta del mundo emancipado; esta es la obra laboriosa, llevada á término en el brevísimo espacio de tres siglos, este es el símbolo debido al trabajo activo é incesante de los que con su propia y sola razón se han lanzado á inquirir el por qué de todas las cosas, la esencia de la primera y mas fundamental de todas las verdades.

Lo que la Iglesia habia hecho *uno*, el protestantismo lo ha fraccionado, la misión de aquella es concretar hasta la *unidad*, es la misión de este dividir hasta que falten números que cuenten sus infinitas fracciones.

(1) Gaume.

Y ved porqué así como en el transcurso de diez y nueve siglos solo ha existido una sola Iglesia católica con un solo dogma y una sola doctrina, en el transcurso de tres, son innumerables las sectas, los dogmas y las doctrinas protestantes. «A fuerza de reformas y de protestas dice Schmaltz, jurisconsulto prusiano, el protestantismo se reduce á una línea de ceros delante de los cuales no hay guarrismos (1).

Pues si esto es el protestantismo, si esta es su íntima naturaleza, ¿qué efectos ha debido producir? ¿cómo ha influido en la marcha de los Pueblos? ¿Cuál ha sido su peso en la balanza del bien y del mal?

Si se presta oídos á la escuela anticatólica ya sabemos cómo responde á estas preguntas.

(1) He aquí los nombres de las sectas que se cuentan en Loudre; Anglicanos, Colegianos, Facientes (Faisants), Lagrimosos, Indiferentes, Multiplicantes, Brayantes, Cuákeros, Shakeros, Jumperos, Groanners, Metodistas, Weslheyenses, Wifeldienses, Millenarienses, Adanistas, Racionalistas, Generacionistas, Sontestistas, Anabaptistas, Adiaforistas, Enlsusiastas, Pneumáticos, Brownistas, Interimitas, Mennonitas, Berboritas, Calvinistas, Evangelistas, Labadistas, Luteranos, Lutero-Calvinistas, Bautistas, Lutero-Bautistas, Universales-Bautistas, Meincerianos, Sabbattarianos, Puritanos, Armenianos, Socinianos, Zuwinglianos, Presbiterianos, Anti-Presbiterianos, Lutero-Zwinglianos, Calvino-Zwinglianos, Oziandianos, Lutero-Ozian-dianos, Stanneerinianos, Syncretinianos, Synergianos, Ubisquista-

Desde la reforma data la magestuosa y desembarazada marcha que han emprendido las naciones de Europa hácia el perfeccionamiento y la civilización. Desde entonces alumbrados con la antorcha de su razón cuyos destellos difunde por todas partes la imprenta, poderosa palanca de que se sirve para conmover al mundo y destruir y aniquilar la esclavitud del entendimiento donde quiera que hay tiranos que lo esclavizan, los pueblos caminan á paso de gigante teniendo tiempo apenas para escribir en el libro de sus glorias sus incesantes conquistas en ciencias y letras, artes é invenciones.

Pero si no son los maestros y discípulos de esa escuela los que responden, observareis de qué

nos, Pietistianos, Bonaquerianos, Verchorianos, Latitudinarienses, Cecederianos, Burriguonianos, Camisarianos, Glasinianos, Sandemarianos, Hertchonsinianos, Cameronianos, Filisteos, Marechalianos, Hopkinsianianos, Necesarianos, Edwarianos, Priescilianos, Relief-Cecedrianos, Burgerianos, Anti-Burgerianos, Bereanianos, Ambrosianos, Moravianos, Monasterianos, Antimonianos, Anomeanos, Munsterianos, Mamilarios, Clancularios, Grubenharios, Staberos, Bacularios, Nuperaies, Sanguinarios, Confesionarios, Unitarios, Trinitarios, Anti-Trinitarios, Convulsionarios, Anti-Convulsionarios, Impecaables, Regocijados, Rústicos, Taciturnos, Demoniacos, Llorones, Libres, Concubinos, Apostólicos, Espirituales, Alfareros, Pastoricidas, Conformistas, No-Conformistas, Episcopales, Místicos, Concienzudos, Socialistas, Puseystas. Total 110. (Extracto de la obra inglesa titulada: *Guia para conducir á la verdad y á la felicidad*. pág. 85.) ¿No es esta una página curiosa que añadir á la historia de las *Variaciones?*

distinto modo se aprecian las preguntas que nosotros hemos hecho.

Traed á la memoria todas las consideraciones que vamos dejando escritas en las páginas que preceden: fijad bien vuestra atención en todos y cada uno de los hechos en ellas consignados, y vereis como de unos y otras se desprenden sólidos y seguros antecedentes para juzgar el suceso histórico de cuya apreciacion nos ocupamos en este momento.

Si el protestantismo fué un acto rebelde ejercido en nombre de la razon humana para divorciarse de la razon divina, sus efectos deben haber sido perniciosos, debe haber influido extraordinariamente en el mal.

Veamos la historia.

Apenas se hubieron esparcido las semillas de la doctrina protestante, la guerra estalló por todas partes, encomendando á las armas el triunfo de los diversos principios que se combatian.

Arroyos de sangre regaron por espacio de treinta años los campos de Alemania.

Millares de hombres vertieron la suya en Suiza.

La Inglaterra marchó por espacio de medio siglo al resplandor de las teas encendidas con la dis-

cordia, y de trastorno en trastorno, de revuelta en revuelta solo se detuvo al llegar al pié de un cadalso donde cortó la cabeza de su rey el hacha revolucionaria.

Y vino por último, como consecuencia forzosa del libre exámen, el acontecimiento de mayores proporciones por su entonacion trágica, por sus episodios de sangre, por sus consecuencias turbulentas, que todavía sienten hoy los pueblos de Europa; la revolucion francesa.

Estos fueron segun nos dice la historia los efectos inmediatos del Protestantismo. Deificada por él la razon individual, donde quiera que esta ejerció sus facultades investigadoras sembró la duda, y de la duda nacieron el desórden y las revoluciones.

El desórden en las conciencias, porque arrebató la fe al destruir la autoridad religiosa: las revoluciones en los pueblos, porque llenó de oscuridad la ciencia de gobierno, al echar al suelo la autoridad política.

Puso primero en alarma á los Pontífices, fué causa luego de que cortára la cuchilla el cuello de los monarcas.

Y obtenida la desaparicion de esas dos auto-

ridades, el mundo moderno marcha entre sacudimientos y trastornos incesantes, hasta que llegue el instante de que algun gran suceso preparado y permitido por la Providencia, ponga fin á esta nueva prueba intentada por la soberbia humana, que ha querido, prescindiendo de la revelacion eterna, proclamar la verdad infinita, con el solo auxilio de su inteligencia limitada.

VII.

Pero tiempo es ya de que vengamos al asunto concreto de que debo ocuparme, y cuya naturaleza ha hecho precisa esta divagacion por los campos de la historia.

Dije en las primeras páginas de este trabajo que queria manifestar á mi pais, lo que pensaba acerca de su estado presente y de su futuro destino. No hubiera podido hacerlo, sin dejar escritas las anteriores consideraciones, porque han de enlazarse con ellas las que voy á emitir ahora.

En ese enlace han de encontrar su fuerza indestructible mis razones: sin él habrian parecido débiles, y de fácil impugnacion. Véase ahora si es esencial lo que tal vez juzguen algunos vana é inútil digresion.

Por otra parte el espíritu de este trabajo, su tendencia principal van dirigidos á impugnar á

aquellos que creen en la perfectibilidad indefinida del hombre marchando por otra senda que la senda católica.

Era por lo tanto menester que quedasen bien trazados los hechos capitales que ofrece á la crítica la historia del mundo para que pudiera hacerse de ellos el siguiente resúmen.

Existen tres periodos notabilísimos en los sucesos de los tiempos que despiden mas clara luz que el astro de radiantes resplandores que para vivificar á la tierra puso Dios en medio del firmamento.

Quiso el hombre, cuando acababa de ser criado, saber tanto como su criador, y al momento sintió turbada su inteligencia que no le permitió discernir ni calcular siquiera, la enormidad de su falta. La pérdida del supremo bien, fué su inmediato resultado.

Empezaron á trabarse despues, á la manera con que se unen y enlazan los eslabones de una cadena, todos los acontecimientos que formaron la vida histórica de las sociedades primitivas, y vióse que á medida que la cadena crecia en proporciones de magnitud, el hombre y la sociedad se alejaron de Dios hasta tal punto que justamente irritada su

cólera divina fué preciso, tantos y tan ominosos habian sido los crímenes cometidos, que para borrarlos de la tierra se abrieran las cataratas del cielo.

Vinieron luego otros tiempos, y cuando el hombre se creyó llegado á la plenitud del saber, no supo que era el Dios del Universo la víctima del Calvario. Nuestros lectores recuerdan el horrible cataclismo que sobrevino despues.

Brilló por fin en la ciudad de los Césares la luz de la verdad eterna y al amparo de la Iglesia disipadas las tinieblas, vencieron de los bárbaros, los elementos que civilizaron á Europa y engrandecieron á los pueblos. Pero el hombre ha vuelto á revelarse y el protestantismo ejerce todavía sobre nosotros su influencia.

Algunos de sus efectos quedan ya consignados; por ellos quizás se pueda calcular su desenlace.

Este es el resúmen sobre cuya importancia no nos cansaremos de insistir, y hecho el cual vamos á enunciar nuestro parecer sobre España.

VIII.

Allá en tiempos, ya muy remotos, vivia un hombre sábio que escribió, ignoramos si para enseñanza de las generaciones de entonces ó para la de las venideras, una sentencia que dice así: *Todos los gobiernos serán buenos cuando sean buenos los hombres.*

Y ved aqui una sentencia muy sábia, pues que con ella á la vista todos podrán contestar á esta pregunta, que enunciarnos ahora y á la cual nos reservamos responder mas tarde.

Hoy que son los hombres como son, ¿podrá ser como deberia ser el gobierno de la nacion española?

Cuando sonó la hora de que España participase de las ideas que andaban tiempo hacia germinando en los mas distinguidos pueblos de Europa, los hombres, que siempre han de estar divididos,

se dividieron y dieron nombre á sus divisiones, y hubo hombres liberales y hombres serviles. Trabóse pelea entre los bandos que militaban bajo aquellas denominaciones, habiendo para todos victorias y descalabros, aspirando á veces el perfume delicioso del triunfo, sufriendo otras la esencia mortífera de la derrota.

No es preciso decir en cuál de las dos banderas estaba la razon: en el desarrollo histórico de la vida de los pueblos, existen fenómenos que basta distinguirlos para apreciarlos.

Nuestros padres cuentan que cuando vieron la luz del dia corrian grandes abusos por nuestra patria, y dicen que habia persecuciones horribles; que el capricho del monarca era la justicia, y que la voluntad del favorito decidia de la hacienda y de la vida.

Daban á todas estas crueles arbitrariedades el nombre funesto de *despotismo*.

El *despotismo* esparcia por todas partes su influjo destructor, y abrumaba con su insoportable peso las manifestaciones puras de los instintos del hombre.

Refieren que en aquellos años el *despotismo* mataba la inteligencia y la libertad, y que sirvién-

dose siempre de la fuerza, ni los sábios podían enseñar, ni los ignorantes aprender.

Era llegado el momento supremo de la rebelion. Voltaire, Rousseau, D'Alambert, Diderot, habían triunfado en los países vecinos; sus triunfos debían extenderse á la Península ibérica.

Dió principio la revolucion, y con su fecundo calor brotaron instantáneamente las semillas deramadas por Europa desde el siglo décimosexto.

Monarquía, conventos, mayorazgos, privilegios, todas cuantas instituciones representaban antiguas creencias de respeto y autoridad, todo desapareció ante el fallo de muerte pronunciado por los ardientes revolucionarios.

Hubo desde entonces libertad para todo, libertad para pensar, libertad para escribir, libertad para conspirar.

A la monótona existencia de las viejas monarquías, reemplazó la incesante movilidad del *progreso indefinido*.

Se escribieron, en un papel sagrado, traducidos de otros idiomas, los derechos adquiridos, y entre el bullicioso estruendo de los plácemes y los vivas, comenzó á funcionar con toda magestad la ingeniosa máquina moderna del *equilibrio*, conoci-

da vulgarmente con el nombre de Gobierno representativo.

Vuelvo á repetir que no es preciso consignar donde anduvo la razon por esos tiempos de nuestra historia contemporánea tan revueltos y trastornados.

Pero sí habremos de decir en prueba de imparcialidad, que nuestros padres hicieron bien en protestar contra los abusos de su época; pero que nuestros padres hicieron mal en escoger para curar los males que deploraban un remedio mucho mas nocivo que la enfermedad.

Ellos, con el sentimiento de la opresion, tuvieron fé y entusiasmo para romper los lazos que los oprimian; por eso marcharon unidos y compactos á consumir la obra de destruccion.

Pero, ¿qué dejaron en pos de su victoria?

¡Ay! ¡No comprendieron que aspiraban á la libertad esgrimiendo las armas que habia puesto en sus manos el espíritu del mal!!

Voltaire y Rousseau, los enciclopedistas y reformadores les habian inspirado el sentimiento de una libertad engañosa; pero unos y otros les inocularon tambien en sus venas el gérmen fecundo donde toma origen y vida la incredulidad, y

la incredulidad es la síntesis de la negación en todas las manifestaciones humanas.

Por esa razón, cimentóse el moderno edificio social sobre arena; cayeron las lluvias, soplaron los vientos, y vino al suelo con grande estrépito

Los últimos destellos de la fé habian producido el alzamiento gigantesco con que asombró al mundo nuestra España.

Cobijados todos sus hijos bajo una misma bandera donde tremolaban escritos los venerandos nombres de *Rey, Patria y Religion*, reprodujeron en nuestros dias los hechos heróicos de Sagunto y de Numancia, poniendo en vergonzosa fuga al coloso del siglo, al soldado atrevido que de los azares de la guerra no conociera hasta entonces para sus armas otro azar que el del triunfo y la gloria.

Este suceso grandioso fué el postrer legado que se hizo á la historia para dejar escrito en sus páginas hasta qué punto alcanza el poder de los españoles, cuando marchan unidos al logro de sus empresas.

Vinieron despues crueles alternativas, donde anduvieron mezclados los desastres y las victorias entre los partidos beligerantes, y para los que se apellidaban liberales hubo purificaciones, destier-

ros y cadalsos, y hubo tambien para la magestad real y sus adeptos denuestos y desacatos, *trágalas* y conspiraciones.

Y de esta suerte se llegó á la hora en que llamó Dios á sí al rey Fernando.

Con el año 1833 inaugúrase para nuestra pátria una tristísima era de aniquilamiento y descomposicion, y entre los desastres de una lucha estéril y los horrores de una guerra civil, avanza el tiempo fecundo en males hasta traernos á la presencia de los acontecimientos de hoy.

Trabada batalla entre la libertad y el despotismo, entre la luz y las tinieblas, ciñéronse el laurel de la victoria la luz y la libertad, que son las ideas bajo cuyo dominio vivimos.

Hemos debido por lo tanto llegar al complemento de nuestra felicidad.

¿Pero es esto así?

Fijémonos en los hechos y analicemos.

IX.

Asombro y espanto causa pasar la vista por el voluminoso catálogo en que se escriben los nombres de aquellos que suben á las regiones del poder para dirigir desde ellas los destinos de la nación.

A contar tan solo desde el año de 1840 hasta 1853 ha habido en nuestra pátria veinte y tres ministerios.

Cada uno ha seguido una marcha distinta, ya era la represion, ya la expansion, ya una y otra cosa juntas lo que ha caracterizado su política; los unos fueron exclusivos, los otros conciliadores; á veces se ha perseguido hasta los últimos confines del rigor, á veces se ha tolerado hasta llegar á los límites de la debilidad.

Todos sin embargo han tenido sus puntos de contacto, todos se han asemejado en prometer la felicidad del pais y en contribuir á su desdicha.

¡Moralidad! ¡Economías! ¡Ciego respeto á las leyes! ¡Fiel y rigurosa observancia de la Constitución del Estado!

Hé aquí lo que mil y mil veces ha oído repetir España, y hé aquí lo que mil y otras mil ha visto desaparecer como engañosa ilusión.

Y entre tanto han continuado dándose en espectáculo ejemplos lamentables, que han esparcido por todas partes abundantísimos gérmenes de disolución y desventura.

¡Ciento ochenta y dos ministros! en el corto espacio de doce años.

Ante esta enorme cifra, ¿puede concebirse la dicha que se supone gozamos? ¿pueden concebirse siquiera las ideas de orden y regularidad en la gobernación del Estado?

Ciento ochenta y dos ministros son incapaces de producir el bien: solo pueden dejar en pos de sí la anarquía y la disolución.

Deshacer hoy lo que se hizo ayer, condenar como malo lo que se tuvo como bueno, confundir lo justo con lo injusto, levantar lo que se habia derribado por el suelo, volver á derribar lo que se habia levantado, ved ahí la obra, la tela de Penélope ofrecida por la inflexibilidad de los hechos al

que estudia imparcialmente la historia de esos doce años.

Este es el hecho histórico é incontrovertible, hecho tristísimo que llena el corazón de amargura y desconsuelo, porque á fuerza de oír llamar verdad lo que se juzgó mentira, y mentira lo que se juzgó verdad, se ha dado muerte á las creencias y la mayor parte del pueblo Español, siguiendo la huella de esa inmensa cohorte de hombres públicos que viene hace tiempo gobernándole, ha proscribio el culto de las ideas de lealtad y patriotismo, y erigido en su reemplazo altares ante los cuales se postra para rendir homenaje al *escepticismo y al interés material*, á los cuales pide en oracion profana aguas abundantes que apaguen su sed insaciable de deleites y placeres.

Resultado doloroso del desgobierno en que hemos vivido, pero resultado á que necesariamente tenia que venir despues de tantas y tantas mudanzas en las cosas, despues de tantas y tantas apostasías en los hombres.

La luz y la libertad, conquistas insignes de nuestro siglo, no han producido otra cosa. Su inagotable fecundidad, solo ha dado para España frutos nocivos y destructores.

Y no se juzgue ligeramente de esta proposicion cuyos términos harán tal vez que se condene como hija del error.

Para los que así piensen, ahí está, no mi raciocinio siempre débil é insuficiente, sino la letra severa é incontrovertible de la historia.

¿No van trascurridos ya largos años desde que tomó la libertad asiento en su trono y pasó á sus manos los atributos de la soberanía?

¿No están marchitas ya por el tiempo las rosas con que sembraron su triunfal carrera aquellos que sancionando la Constitucion política de 1837, dijeron llenos de gozo que España era ya libre?

¿No ha habido desde entonces acá gobierno constitucional?

¿Y qué hemos adelantado? ¿Qué verdades hemos aprendido? ¿Qué hemos hecho?

Voy á decirlo: Iniciar una discusion perpétua que jamás tiene fin: no ya sobre el detalle, sino sobre lo que ha de ser fundamento de nuestra máquina gubernamental.

Dar á España escritos en un Código que debió ser sagrado, el resúmen de sus derechos, para ofrecer el escándalo de estar continuamente vulnerándolos.

Declarar inservible ese Código, para que el de 1845 reemplazase al de 1837, y continuar otra vez sin descanso por el camino del escarnio y las infracciones.

Decir que la propiedad es inviolable, para estarla constantemente violando; escribir que el pensamiento es libre, para encadenarlo; consignar que solo con la autoridad de las cortes pueden exigirse los tributos para prescindir de esa autoridad y exigirlos sin contar con ella; decir que la potestad de hacer las leyes, reside en las cortes con el rey, para que ni las cortes ni el rey, sino el capricho del ministro fuese el único legislador; decir que todo Español tenia derecho para imprimir y publicar libremente sus ideas, para estar oprimiendo siempre á la prensa hasta hacerla enmudecer; decir que nadie podia ser preso ni detenido, para prender y detener sin forma ninguna de juicio y faltando siempre á lo prescrito en las leyes; consignar, en fin, la responsabilidad de los ministros, para hacerlos á todos irresponsables; esto es lo que hemos adelantado, estas son las verdades descubiertas, este ha sido nuestro progreso indefinido.

¿Y para eso se ha peleado tantos años y vertido tanta sangre?

¿Son esas que hemos visto las sagradas garantías conquistadas por los valerosos adalides de la libertad?

¿Es para vivir como hemos vivido hasta el día para lo que se dieron á la historia las célebres luchas de los regeneradores del año 12?

¿Ha sido ese el gobierno infinitamente bueno, sábio y reparador?

¿Ha sido esta la época del triunfo de todas las libertades?

Esa anarquía, esa corrupcion, ese aniquilamiento del espíritu público que ha presenciado con estóica impasibilidad todos los desmanes y desafueros, ¿han sido el fruto espontáneo de aquella sábia combinacion donde todo estaba previsto, todo asegurado para hacer imposibles los abusos del poder?

¿Ha podido crearse esa situacion abominable, á pesar de todas las trabas y requisitos establecidos en la ley fundamental para hacer inviolables los sagrados derechos del hombre?

Aquella division de poderes tan sábiamente combinada, el ejercicio de las funciones otorgadas á los cuerpos colegisladores, la influencia saludable de la prensa, cuarto poder del Estado, el supre-

mo descubrimiento de la inteligencia de los políticos modernos, que conservando la existencia de los reyes como piedra angular del edificio social, han pretendido convertirlos en autómatas con aptitud tan solo para pronunciar monosílabos y estampar su sello al pie de los decretos y las leyes presentadas por sus ministros, según lo exige la famosa máxima de el *rey reina y no gobierna*: todas estas invenciones de elasticidad y equilibrio, de regularidad y contrapeso ¿han servido tan solo para que hoy, después de tanto tiempo transcurrido, volvamos á dar principio á la tarea de fijar cuál ha de ser nuestra organización política? ¿cuál ha de ser la forma de nuestro gobierno? ¿cuál ha de ser el límite y extensión de los poderes?

Triste cosa es haber de confesarlo; pero así es la verdad.

El último y reciente sacudimiento iniciado en los campos de Vicálvaro y al que pusieron la corona del triunfo las barricadas de Madrid, ha lanzado otra vez á la disputa aquellos mismos principios que como dijimos hace poco parece se hallan condenados á perpétua discusión.

Solo que ahora ha venido á la polémica un principio que acataban todos los que hasta aquí habían

contendido sobre asuntos públicos; principio salvador y á cuya existencia debe quizás España, por la inmensa fuerza que contiene, que hayan venido á estrellarse contra él los rudos embates de las olas embravecidas con que amenazan sepultarnos entre las ruinas de nuestro edificio social el desorden y anarquía.

Escusamos decir que el principio á que nos referimos es aquel que conserva en el sólio donde tuvieron asiento la larga série de reyes que vienen sucediéndose sin interrupcion ninguna desde los tiempos mas remotos de nuestra historia hasta hoy á la nieta de San Fernando y de Carlos V, á doña Isabel II.

¿Y cómo se han fijado los términos de la discusion?

¿Cuáles han sido las bases establecidas para la controversia? ¿Se ha ensanchado quizás la órbita dentro de la cual han de girar el raciocinio y los argumentos?

Pasad revista á ese número de los que se llaman órganos de la opinion pública, que todos los dias crece, y los encontrareis ocupados en debatir hoy las mismas cuestiones que ayer, sin alcanzar nunca ningun resultado decisivo, sin llegar á un

término en que todos puedan decir: esta es la verdad.

Observareis también cómo pugna la escuela que se llama liberal por buscar salida á las enormes contradicciones en que se ve envuelta, procurando establecer la armonía en lo que es de suyo inarmonizable y contradictorio. Vereis como practica lo que ella juzga dogma fundamental de su credo político.

Habia subido últimamente á las regiones del mando un gobierno que por ser demasiado conocido nos abstendremos de calificar.

Todos cuantos recursos se idearan á fin de impedir que se dieran ejemplos de esta clase, hubieron de ser inútiles para estorbar primero su advenimiento y su estancia luego en el poder.

Y no habiendo modo de dar con él en el suelo, porque al decir suyo, siempre obraba dentro de la Constitucion del Estado, y la Constitucion del Estado no suministraba medios legales para derribarlo, se apeló al recurso extremo de la revolucion.

El pueblo oprimido hizo uso del mas terrible de sus derechos, y salió á plaza su soberanía sin límites.

Y al grito destructor de esa soberanía, lo que habia sido dejó de ser.

Era forzoso que el estado de cosas que actualmente tenemos fuese la antítesis del gobierno presidido por el Conde de San Luis, y por eso los que dieron forma al pensamiento revolucionario enunciando la soberanía del pueblo gritaron, á mas gritar: *union y libertad, moralidad y tolerancia.*

Preguntad ahora qué entienden por soberanía y por tolerancia los que se han atribuido la direccion del movimiento; los que con la voz y con la pluma no han cesado de proclamar y escribir esos dos nombres que son en verdad los dos que resumen toda la doctrina que llama suya la escuela liberal; pero cuya propiedad le disputa con mejores títulos la escuela democrática.

Formulad esta pregunta, y observareis la mas flagrante de todas las contradicciones; causa y origen de todas las polémicas á las cuales en vano se quiere ver el fin.

Los que proclaman la soberanía cuando es solo idea, la niegan y contradicen en el momento mismo que en hombros suyos escalan las gradas del poder. Entonces el soberano queda sin soberanía porque es llegada la hora de poner límites en la práctica á lo que fuera ilimitado en el vasto campo de las abstracciones.

El órden social reclama y exige garantías para el ejercicio de todos los derechos.

Buena que se hayan proclamado como principios fecundos, la libertad de escribir y la libertad de votar, pero es á los menos á quienes puede permitirse votar y escribir; porque ni la prensa, ni el sufragio han de entregarse sin exigir condiciones y consignar responsabilidades.

Y si de la soberanía popular pasamos á la tolerancia, palabra que está perpétuamente en los labios de los que militan, allí donde se hallan las ideas libres, observaremos el mismo fenómeno contradictorio.

«Entren en la liza intelectual las opiniones todas de los españoles: abiertas quedan las puertas del pabellón para que acudan á él sin recelo ni temor todas las doctrinas, á depurarse y debatirse.»

Este fue el lema que vimos todos ondear en las banderas que enarboló la última revolución.

Pues si quereis conocer ahora cómo se puso en práctica este principio, ahí teneis sin ir mas lejos la historia de lo acontecido con el manifiesto del conde de Canga Argüelles.

Porque en él se combatía á la Milicia Nacional, juzgando inconveniente para el gobierno su insti-

tucion, al punto esa Milicia toma la pluma y solo la deja cuando se hubo cansado su mano de escribir denuestos é improperios.

Porque en él se hacian manifestaciones contrarias al órden de cosas vigentes, un periódico de sana crítica y reconocido saber en materias constitucionales, solo otorgando gracia, *y para dar una prueba inequívoca de las ventajas que lleva al sistema de restricciones el sistema de libertad*, pudo concederle la honra de la insercion en sus columnas.

Y esta contradiccion que acabamos de ver en estos dos principios es igual á lo que se observa en todos los demas que hoy dominan en nuestra sociedad. Por eso todo está en ella disuelto y dislocado, y crecen con el tiempo y son cada dia mas densas las tinieblas en que se pierde la inteligencia que no acierta á salir del abismo en que la ha sepultado el insensato afan de marchar sin otro guia que el de su propia razon por un espacio donde, buscando la verdad, solo halla errores y desaciertos.

La luz nos ha dejado ciegos: el progreso nos ha reducido á la inaccion; el supremo saber nos ha hecho sensible nuestra ignorancia.

Y sino, ¿qué significa que despues de veinte años de adelantamiento y libertad nos hallemos hoy á las puertas de una Asamblea constituyente?

Significa que el trabajo de esos veinte años se ha declarado inútil por la Soberanía nacional y que las eminencias de todos los partidos han sido impotentes para crear nada que lleve en sí el sello de la estabilidad y la duracion.

¿Pero no se comprende que marchando así caminamos á grandes pasos á nuestra ruina, aniquilando nuestras fuerzas en estériles convulsiones?

¿No veis, á medida que se prolonga esa disputa perpétua, caer una á una todas nuestras creencias, como caen las hojas del árbol mas robusto al empuje de violentos y encontrados huracanes?

Llevad vuestros ojos á todo lo que nos rodea, y decid despues qué es lo que han visto.

Hecho pedazos el fundamento donde tenia apoyo nuestro antiguo edificio social, sepultadas en el polvo instituciones que descansaban en principios de autoridad, vencedora, en fin, la razon de la fé, todo lo subyuga esa funesta filosofía que á despecho de Dios ha tomado á su cargo demostrar que no es este mundo un valle de lágrimas,

sinó el banquete espléndido á cuyo goce llama la naturaleza á la humanidad.

Este es el motivo porqué rotos los diques de la temperancia, reinan por do quiera el desenfreno y la concupiscencia, que tomando la forma monstruosa de la *ambicion*, todo lo acosan é invaden, sin que nada logre sustraerse á su imperio desolador.

Nadie está bien donde está, de lo cual resulta que se ha hecho imposible la gobernacion del Estado.

Y es tal la perturbacion que ni se observan siquiera las leyes del tiempo. Ya no hay edades ni gerarquías. La ambicion las ha suprimido. En la carrera administrativa, en la carrera judicial, y en la carrera de las armas, se llega á los puestos mas encumbrados de una vez, sin aguardar á haber recorrido uno por uno los grados de la escala sin cuya circunstancia son imposibles los conocimientos prácticos de la esperiencia.

Todos son capaces de todo sin ser capaces de nada; pero todos sienten dentro de su alma los efectos perniciosos de la sustancia racionalista con que se han nutrido y que les muestra incesantemente como supremo bien una vida de deleites y placeres.

De aquí ese desbordamiento de todas las malas pasiones; de aquí esa relajación de todos los vínculos sociales.

La perturbación del individuo produce la perturbación de la familia, la perturbación de la familia, produce la perturbación del gobierno, y la perturbación del gobierno produce la más horrible de las perturbaciones; la perturbación del Estado.

Nuestra sociedad sabe mucho, es verdad, ahí están para atestiguarlo esos numerosos catálogos donde la fama conserva el nombre de los más claros ingenios, esos monumentos literarios en los que brillan con todo esplendor las letras y las ciencias, esa larga serie de filósofos, Descartes y Spinoza, Kant y Hegel, Lamennais y Cousin; doctores y maestros del mundo moderno.

Y en materia de descubrimientos ahí están los dos más gigantescos y cuya magnitud ha contribuido quizás al completo extravío de la razón humana porque ha creído al contemplarlos en su omnipotencia.

El vapor que ha suprimido las distancias y el telégrafo que ha suprimido el tiempo.

Pero apesar de este saber y de estos adelanta-

mientos, ahora como en aquel periodo histórico en que habian ilustrado á la antigüedad Píndaro y Homero, Demóstenes y Ciceron, Platon y Aristóteles, la verdad huye de las inteligencias, las sociedades se precipitan á su ruina, no se halla la paz en la conciencia del hombre.

Y esto procede de que nuestro saber no es el verdadero saber, de que nuestra ciencia no es la verdadera ciencia.

Empujados por esa filosofía sensualista que no se propone otro fin que el placer como objeto de sus investigaciones, ha sido preciso sostener una lucha tenaz para lanzar de nuestra alma lo que habia depositado en ella la filosofía católica, y de esta lucha ha nacido la duda; la duda religiosa, la duda política, que ha llenado nuestra España de incrédulos en materia de religion, de ateos en materias políticas.

¿Y qué es lo que se hace para alejar tamaños males?

Alejarnos cada vez mas y mas del único remedio salvador, del único principio capaz de servir de cauterio á la gangrena que nos corrompe, y que si no se detiene, de seguro nos lleva á la muerte.

Próximo está el día en que van á abrirse las puertas de la Asamblea Constituyente.

Si yo me atreviese á dirigirme á los que van á tomar asiento en ella y decirles: « Marchando por donde vamos marchamos mal: no son derechos políticos lo que mas necesita nuestro pueblo: no se curan nuestros males con leyes de imprenta ni leyes que regularicen la manera mejor de tener al pueblo con las armas en la mano: nuestra sociedad se muere si al punto no procurais que el principio católico lo vivifique todo, lo domine todo, gobierno, leyes y costumbres; si esto les dijese ¿cómo me contestarian?

Mucho temo adivinarlo, porque ya estoy viendo asomar á sus lábios la sonrisa del desprecio, ya estan resonando en mis oidos esas palabras, de tanta fuerza que basta pronunciarlas, sin mas aclaraciones ni comentarios, para obtener con ellas un triunfo indisputable, en favor de quien las pronuncia; una derrota vergonzosa para el que ha sido causa de que se pronuncien.

¿Sabeis, dirían lo que pide quien quiere que todo lo subyugue el principio católico? Pues escuchad:

Pide que reemplacemos la luz de la razon con

las tinieblas de la barbarie: que á la libertad de nuestro gobierno con todos sus medios expansivos con el bullicioso movimiento que produce el ejercicio de nuestras fórmulas políticas, sucedan los hierros y las cadenas del despotismo con sus medios de opresion, con su silencio pavoroso, que apague- mos el fuego de esas máquinas que han llevado á tanta altura nuestra industria, para que vayan á ocupar los talleres donde funcionan las comunida- des religiosas, *esas logias de frailes holgazanes, fo- cos de conspiracion perpétua contra las libertades na- cionales*; en una palabra, que sustituyan á nues- tras leyes cultas, tolerantes y civilizadas, los au- tos de fé, los sambenitos y las hogueras de la in- quisicion.

Esto es lo que se pide, pidiendo que nos do- mine el principio católico, para que seamos cris- tianos nosotros y nuestros hijos.

Pero aun siendo esta la respuesta que haya de obtener, no desisto de mi empeño.

Contra los efectos de la declamacion y del error están la lógica de los hechos y la fuerza de la verdad.

Pueden despreciar mis observaciones los que tal vez esten ya legislando cuando aquellas vean la

luz pública, y atraer sobre mí las iras populares, porque en estos momentos en que se embriaga la razón, viéndose en la plenitud de su omnipotencia, me atrevo á decir que es malo lo que ella juzga bueno; pero yo siento una fuerza que inspira mi conciencia, y que impulsa mi mano á trazar con caracteres imperecederos la verdad que ven mis ojos, por mas que haya de renunciar, proclamándola, al aplauso que siempre prodigan las engañadas muchedumbres á aquellos que desde la tribuna las fascinan con mentidos halagos y promesas que nunca se realizan.

Yo, así me complazco en declararlo, jamás marcharé por el camino donde en cambio de palabras sonoras que dicen á la inteligencia del hombre que es libre, y reina y señora de sí misma, se recojen con facilidad abundantes ovaciones y triunfos populares.

Es otro el camino que quiero emprender, y por ese motivo emito mis ideas para que mi país las conozca y pueda algun dia aprovecharse de ellas.

La cuestion que hoy menos importa, por mucha que sea su importancia, es aquella que sin duda se ventilará en el recinto de nuestra asamblea.

Ante la cuestión por esencia, la cuestión social, son nada las cuestiones sobre formas de gobierno.

Lo primero y más esencial es que la sociedad sea posible, después vendrá la manera como haya de ser gobernada; pero si la sociedad no existe, están demás toda clase de gobiernos.

Y la sociedad no existe sin poner en sus cimientos, para hacerlos indestructibles, el principio católico.

Según sea mayor ó menor la influencia de este principio, así será mayor ó menor la libertad de que disfrutemos, pudiendo asegurarse que, cuando su influencia sea absoluta, será también absoluta esa libertad tan ansiada, y por la que tanto suspiran nuestros pueblos.

No lo dudeis: Cuando las naciones se amen entre sí, con amor cristiano y se cumpla y observe la primera y más perfecta de las constituciones, como que fué dictada por el mismo Dios en las cumbres del Sinaí, al primero y más grande de todos los legisladores que ha tenido el mundo; entonces vereis la manera desusada y sencilla con que se resuelven los problemas sociales y cómo se extiende por todas partes el orden y la armonía, el verdadero progreso y la verdadera felicidad.

El freno moral será el agente que modere todas las fuerzas y restablezca el concierto de una máquina, que por lo mismo que siente su pujanza, necesita un regulador poderoso, para impedir que el desbordamiento de esas fuerzas la aniquile y destruya completamente.

Obtenido ese resultado, vereis instantáneamente subyugadas las pasiones y reprimidas las concupiscencias, desiertos los caminos que rebosan hoy de gentes que marchan en busca del placer, impulsados por la ambición.

Y entónces, y solo entonces, serán hacederas las reformas, cuya necesidad sentís y que son imposibles con los elementos que nos dominan.

Hay que desengañarse; si queremos el bien, es forzoso acudir á aquel donde tienen origen todos los bienes; fuera de allí, solo encontraremos el error y las catástrofes.

No soy yo quien lo dice, es la historia, son los anales donde he leído la vida de la humanidad.

Expuestos quedan los trastornos que la han sobrevenido siempre que ha intentado revelarse, creyendo que le bastaba su sola razón, para inquirir é investigar.

Llevad ahora vuestra mirada al porvenir y ved

como al calor de esos principios que con tanto fuego sosteneis han cobrado vida otros principios, consecuencia legítima de los vuestros, y cuyo triunfo vendrá inevitablemente si es que está decretada la destrucción de las naciones modernas.

¿Y con qué armas contais para combatirlos? ¿Cómo responderéis á los que proclamando la doctrina socialista, os presentan para sustentarla el mismo principio que hizo nacer la escuela liberal en que vosotros militais, disfrutando al presente las glorias del mando?

¿No gobernais por obra y poder de la soberanía?

¿No es en ella, segun nos estais diciendo á cada momento, en lo que descansan vuestros títulos?

Pues si es la soberanía la única autoridad que os sostiene, si no es otro el derecho que invocais para tener el derecho de mandarnos; plaza al socialismo, detrás de cuya bandera marchan agrupados en formidable masa, pidiendo pan y placeres las falanges que son verdaderamente soberanas, porque son las mas numerosas y que vienen á destruir, porque se oponen á su intento, lo que es y ha sido base de la sociedad, desde que la sociedad ha existido, la familia, la propiedad y el gobierno.

Por esa razón, vosotros sucumbireis en esa batalla tremenda, que iniciada ya pocos años hace en un país que hizo vecino nuestro la naturaleza, muy pronto se habrá extendido por todos los de Europa, si es que no nos acogemos muy pronto, antes que sea tarde, al árbol salvador nutrido con la fecunda savia de la Religion católica.

Si la Religion católica sube al imperio, murieron las revoluciones cualquiera que sea la forma bajo que se presenten. ¿Y sabéis por qué?

Lo sabreis estudiando con detenimiento los siguientes párrafos que tomo de un autor español que ha sido nuestro contemporáneo y en los cuales se describe con tanta poesía y verdad la Religion católica, que seria imposible añadir una sola palabra á su contenido.

Por eso he juzgado que nada mejor podria poner fin á mis observaciones.

Es Dios quien habla á los hombres y les dice:
«¿No podeis subir hasta donde está mi gloria? Yo, que soy el Señor de los prodigios, haré el mayor prodigio por vosotros, y tendré toda mi gloria en donde vosotros esteis. ¿No teneis ciencia para conocerme? Creed en mí, y tendreis mas ciencia que los que mas me conocen. ¿No teneis

ni ingenio ni letras para convertir á mí la muchedumbre de las gentes? Desead que todas las gentes se conviertan á mí, y yo os daré las palmas de la predicacion, y la gloria del apostolado. ¿No teneis agua para los que tienen sed, ni pan para los que tienen hambre? No importa: pedidme á mí que los sedientos beban y que los hambrientos coman: y el pan que aplaque su hambre, y el agua que temple su sed, os serán imputados en el cielo. ¿Estais cargados de dolencias y de dias, y os faltan las fuerzas para las buenas obras? Desead obrarlas, y tened por cierto que ya las habeis obrado. ¿Envidiais á los que tuvieron la grande dicha de padecer por mí el martirio. Desead padecerle: y tened por cierto que vuestra será la gloria de los mártires. ¿No podeis ser misericordiosos? Sed pacientes: y tened por cierto que se-
reis tan grandes ante mí por vuestra paciencia, como los otros por su misericordia. ¿No podeis levantar á mí vuestras manos cargadas de hierros y puestas en prisiones? Levantad vuestra voz: y vuestra plegaria será escrita en el cielo, como si hubierais levantado á mí juntamente la voz y las manos. ¿Sois mudos? No importa: levantad vuestro espíritu á mí: que yo oigo la voz de los espí-

ritus ¿Nò sabeis qué cosa pedirme? No importa, porque yo sé lo que os conviene. ¿No sabeis por ventura amar? Pues si sabeis amar lo sabeis todo: porque me sabeis á mí: y lo teneis todo, porque me teneis á mí, que soy habitante de los corazones que me aman. ¿No recordais cuando anduve por el mundo? Hubo entonces en la tierra una muger adúltera, que era ludibrio de las gentes; sus manos estaban vacías de buenas obras; su alma abrumada de pecados, no entendia cosa de plegarias ni de oraciones; pero yo la miré, y se enamoró de mí, y se puso calladamente á mis pies; y allí puesta se convirtieron sus ojos en fuentes de lágrimas; y lloró tanto, que los cielos mismos admiraron su dolor. Nada me ofrecia sino á ella sola. nada me pedia sino á mí: y con esto solo, su corazon contrito y humillado se vistió de resplandeciente y mas que angélica hermosura; y con esto solo, si hubieran podido envidiarla, la hubieran envidiado todos los coros de mis ángeles y todos mis serafines: porque me enamoré de ella, y la hice mia, y santifiqué con mi presencia el corazon conturbado de la arrepentida pecadora. ¿No soy el que llevé conmigo al Paraiso el alma de aquel santísimo ladron en la sangrienta tragedia del Calva-

rio? ¿Quién fué jamás ni mas culpable, ni mas menesterozo que él? Pero al rendir su espíritu le puso en mis manos, como yo puse el mio en manos de mi padre; y así como mi padre me recibió, yo le recibí. El Océano de su amor habia pasado por la cumbre de sus culpas.

Yo soy aquel que, antes de dejarme ver de los reyes, me dejé ver de los pastores: y que antes de llamar á mí los abastecidos, llamé á los necesitados. Yo soy aquel que andando por el mundo, dí salud á los dolientes, lumbre á los ciegos, limpieza á los leprosos, movimiento á los paralíticos, vida á los muertos. Yo soy aquel que, para dar de beber á los sedientos hice brotar las aguas de las rocas; y para dar de comer á los hambrientos, envié el maná y multipliqué los panes. Yo soy aquel que, puesto entre los pobres y los ricos, entre los ignorantes y los sábios, entre los arrogantes y los humildes, pasé sin decir nada junto á los ricos, sábios y arrogantes, y llamé con tierna voz y amorosa á unos pobres ignorantes y humildes pescadores; y me hice todo suyo, y les lavé los pies, y les dí mi cuerpo por manjar, y mi sangre por bebida: que tanta fué por ellos mi querencia.

Nada amé tanto como vuestra pobreza, y vuestro amor, despues de la gloria de mi Padre. Siendo Soberano Señor de todas las cosas me despojé de todas ellas para ser uno de vosotros. A uno de vosotros, que no á ningun príncipe del mundo, dí la gobernacion y el mando de mi Iglesia santísima: y para conferirle aquella suma potestad, no le pregunté lo que tenia ni lo que sabia, sino lo que amaba; no le examiné de licenciado ni de doctor, sino de amante. Yo mismo dejé mi vestidura de rey, y tomé la de siervo. Una muger fué mi madre, un establo mi aposento: un pesebre mi cuna. Pasé mi infancia en desnudez y en obediencia: viví atribulado: comí el pan de caridad: no tuve un dia de reposo: llenáronme de vituperios y afrentas: mis profetas me llamaron *Varon de dolores*: escogí por trono una cruz: descansé en sepulcro ageno: al entregar mi espíritu á mi Padre, os llamé á todos á mí. Y desde entonces no me canso de llamaros: ved como tengo en la cruz para recibiros á todos entrambos brazos tendidos.»

¿Quién habrá que despues de esta lectura no corra á arrojarse á los pies de la cruz, trono excelso escogido por Dios para dirigir desde allí á los

hombres aquellas palabras resúmen sublime de caridad eterna y amor infinito?

Si hay alguno, tenga por cierto, que su corazón es de piedra; que están ciegos sus ojos.

Para él será perdida toda discusion; y jamás comprenderá que solo con la cruz pueden estirparse los males que llora hoy nuestra desgraciada sociedad.

Se ruega a los señores socios den cuenta al Bibliotecario de cualquier falta o deterioro que adviertan en las obras para proceder a su renovación urgente